

*más allá de los gestos,
el humo y los tambores, los heroicos
signos visibles: órdenes, sistemas,
claves añejas, clandestinos códigos.*

*Aunque el extraño pie de la conquista,
el vulnerante monstruo,
haya sembrado a roble y pergamino,
entre las cortaderas del asombro,*

*fundaciones del yelmo y de la espada,
tu huerto de palabras, claro arroyo,
lengua del amerindio,
del aborígen verbo guarda el gozo.*

* Argentina (Buenos Aires, 1928). Premio Internacional de Poesía Rubén Darío de la OEA. Entre sus libros: *Los días fraternales*, *Deslinde del tiempo y el ángel*, *Teoría del país cereal*, *El laurel y el átomo*, *Aprendizaje de la Patria*, *Guitarra sola*.



LA EXPLOTACION DEL INDIO EN *DONDE ACABAN LOS CAMINOS DE MONTEFORTE TOLEDO**

Elisa Trejos

Introducción

Analizaremos algunos aspectos esenciales de la sociedad en que se desarrolla la historia, basándonos en una selección de documentos históricos y socioló-

gicos. Vamos a evitar digresiones a otras áreas del saber por razones de método, pero estamos conscientes de que el hecho literario exige una visión humanística total, donde tienen su lugar la antropología, la etnología, la psicología, la economía y otras ciencias.

La información recopilada es pertinente en tanto que dé sentido al conflicto social que nos hace vivir la imaginación creadora de Mario Monteforte Toledo.

I. Inicio del conflicto blanco versus indio

De un momento a otro aparece en el panorama de la América virgen un grupo de españoles que se autodenominan “conquistadores” y se apropian, por la fuerza, de todos los derechos de los aborígenes. El papel de las masas conquistadas a través de la historia de la humanidad siempre ha sido el de servir al conquistador ¹, y es así como se establece la norma de que los españoles son los señores, y los indios sus siervos. La razón es tan sencilla como decir que el español es superior porque es español, y el indio es inferior porque es indio. Este es un hecho comprobado, que ilustra magistralmente una cédula real emitida el 26 de julio de 1523:

Porque es cosa justa y razonable que los indios que se pacificaren y reduxeren en nuestra obediencia y vasallaje, nos sirvan y den tributo en reconocimiento del señorío, y servicio que como nuestros súbditos deben. . . ²

Inicialmente, el indio pensó que los extranjeros venían a hacerles el bien. Por medio del engaño, la

* Parte de un trabajo mayor de investigación, realizado por la Lic. Trejos en el IDELA.

mentira, y el gran desarrollo técnico-militar, los españoles produjeron una catástrofe de mucho mayor magnitud que las que los indios estaban acostumbrados a tener entre pueblos vecinos. El indio se sintió abandonado de sus dioses, y de esta frustración y desconcierto se aprovechó el español para establecer un régimen en el que su palabra o era obedecida o causaba la muerte.

A merced del conquistador, algunos de los cacicazgos se asociaron a los recién llegados. Otros huyeron a las montañas. Muchos doblegaron sus cabezas y sus espaldas bajo el yugo del opresor. Y todos aquellos que se enfrentaron a la ambición del europeo fueron asesinados. Alexander Von Humboldt, en su **Ensayo Político Sobre el Reino de la Nueva España**, afirma:

La mayor parte de los indios que poseían un cierto grado de cultura intelectual perecían . . . víctimas de la ferocidad del europeo. El fanatismo cristiano se ensangrentó principalmente contra los sacerdotes . . . a los cuales podría considerarse como depositarios de los conocimientos . . . Los frailes quemaron los medios de instrucción; las pinturas y los libros . . . Así no quedó de los naturales del país sino la casta más miserable.

DONDE ACABAN LOS CAMINOS ³ presenta una comunidad rural guatemalteca típica, compuesta por una villa y por pueblos indígenas desperdigados en la lejanía. En la villa se encuentra la iglesia, la farmacia, el médico, el municipio, las autoridades gubernamentales, la escuela y el mercado. Ahí viven ricos terratenientes como los Arriaga, descendientes directos de españoles. Ellos tienen en sus manos la vida económica de la villa y parecen ignorar la existencia

de los indios. Como veremos más adelante, los latifundistas conservaban y acrecentaban sus riquezas explotando a los indios. Pero para los Arriaga éstos tienen poca importancia como seres humanos que ni siquiera se refieren a ellos. Su actitud hace eco a los prejuicios tradicionales que el grupo dominante tiene del grupo sojuzgado, tales como los siguientes: "Son gente que no vive como nosotros", "No tienen las mismas necesidades que nosotros", "Rechazan la ayuda y muerden la mano del que se las da", "Nunca podrá hacerse nada por ellos, pues son sucios, vagabundos y traicioneros". Los Arriaga piensan como el boticario, que dice:

Todos están llenos de parásitos y se ponen hechos una calamidad cuando regresan de trabajar en la costa. Pero no hay modo de hacerles comprender que la ciencia es mejor que todas esas porquerías que les dan los brujos. Además, le tienen miedo a los remedios porque creen que contienen maleficios del blanco.

(p. 21)

O como el jefe militar, quien asegura que "los indios son como animales y le tienen miedo a las medicinas" (p. 25).

La descripción inicial de los Arriaga en las primeras páginas de la novela tiene, fuera de un gran valor literario, conceptos claros que no sólo la ubican en la villa, sino que históricamente la hacen heredera de sus antepasados europeos. El narrador explica que el Dr. Raúl Zamora tuvo, al fin, el privilegio de encontrarse con los Arriaga:

Como acontecía a los recién llegados que podían hacer gala de excesiva suerte, conoció por fin a los Arriaga. Dueños de valles y de ganados, largos los bigotes y agudo el ojo para el negocio

con ventaja o para desembozar al enemigo, los Arriaga sólo trataban entre ellos y con el cura, cuya iglesia, las dos veces que la derrumbó el terremoto, se había reconstruido con el sudor de los indios y con las limosnas que aprontaban aquellos ricos finqueros. Sus mujeres eran onradas y blancas, y sus hijos ignorantes, bravucones y más prestos a violentarse contra los peones que a dirigir sus empresas con la tacañería y la sapiencia de sus mayores. Cualquier muchacha del pueblo se consideraba dichosa si alguno de los Arriaga le rondase la cuadra, aunque no fuese con intenciones honestas. Sobre los finqueros no estaba más que el jefe militar, con quien tenían la habilidad de entenderse inmediatamente, regalándole escogidas primicias de sus heredades y dejándole participar con discutible largueza en los negocios de acaparamiento y de contrabando que realizaban en toda la zona. Sus viejos caserones más bien parecían centrales de sus fincas, llenos de sacos de cereales, de gallinas, de bestias y de gente de trabajo que dormía acurrucada entre los animales y se marchaba de madrugada a cumplir con lejanas comisiones. Uno de los jóvenes Arriaga era abogado; pero los viejos tenían buen cuidado de no encomendarle sino las múltiples rabulerías que demandaban sus operaciones más menquadas. Y como presumían de tener una salud de hierro, preferían morirse solos, rugiendo de dolor en sus enormes camas historiadas, antes de romper la tradición de la familia y llamar a un médico
(p. 22-23)

Como buenos criollos, los Arriaga conservan su capital y lo aumentan a costa de los indios, manipulándolos astutamente.

En la villa también viven algunos indios, entre

ellos Diego Raxtún, y su primo. Son los únicos que nombra el narrador, y representan a su raza en la ciudad. El primo era . . .

. . . un tipo ratonil que ganaba mucho dinero en multitud de ocupaciones . . . La presencia de María [en casa de Diego] le dio material para desparramar por el pueblo un chisme diario, haciéndose muy popular entre las matronas . . .
(p. 174-175)

Era también servil, como lo demuestra su actitud cuando le vendió información al general, con el objeto de que acusara a Zamora legalmente por sus relaciones con María. Los planes no le resultaron como lo había planeado, y el general lo insultó de la siguiente manera:

—Tú, animal, tú eres el testigo y dices que te consta todo, también te vas a quedar callado? El primo de Raxtún cayó de rodillas.

—No, mi señor general. Tú eres mi padre y madre . . . No tengo la culpa, mi señor general. Perdón, perdón . . .

Con gesto cansado, el jefe retiró la mano que el otro le besaba y lo echó del recinto.

(p. 251-252)

Por otra parte, Diego Raxtún tenía una personalidad bastante compleja. Entre sus defectos estaba su afición a la bebida, sus tratos con los protestantes y los contrabandistas, su relación con un pueblo indígena que su propio pueblo odiaba, y alguno que otro atentado contra las tradiciones de los suyos.

. . . Fue un cambio súbito, cuya causa estaba enraizada en su corazón: la tierra. Por años había defendido contra unos vecinos la heredad donde sembraba su maíz y pastoreaba cuatro

borregos; mas el pleito le fue adverso y ahora era un indio sin milpa que añoraba sordamente la recuperación de la tierra, no obstante que en ella sólo crecía una vegetación enana como excrecencia de odio.

(p. 168)

Sin embargo, no le temía a nadie, ni siquiera a los "principales" de su pueblo. Y aunque esto le traía problemas, a menudo . . .

. . . se recurría a sus servicios para que intercediera cerca de los dignatarios "de afuera" a fin de arreglar cuestiones ceremoniales o deslindes.

(p. 168)

También se encontraba en la villa el médico recién venido de la ciudad, cuyo objetivo era el de hacer dinero.

No le había empujado una apostólica misión sino la necesidad de ganarse aquellos dineros que jamás podría reunir en la capital en la iniciación de su carrera . . . Atosigábalo ahora la vanidad, de mil formas mortificantes, al admitir que se convertiría en un médico rural, en competencia con artimañosos curanderos y brujos.

(p. 13)

Zamora, tanto como los Arriaga, forma parte del grupo de criollos –descendientes de españoles sin mezcla con la raza india– de la villa. Ambos participan de la problemática social del lugar, y utilizan a su manera el sistema político y económico para su propio beneficio. La diferencia está en el hecho de que el médico tiene escrúpulos de conciencia todavía. Y decimos 'todavía' porque eso es lo que pierde en el transcurso de la narración. Fundamentalmente

inseguro, da una lucha superficial y termina derrotado.

Frente al pueblo compacto de resentimientos, organizado en torno a menguados prejuicios, solo podía oponer una rudeza y una seguridad en su proceder de que siempre careciera, y la fe en la intensidad de su propia vida.

Se atrevía a asegurar algunas cosas y aún a pelear con cierto denuedo para defenderlas; pero cualquier oposición, lo hacía replegarse y lo sumía en cavilaciones sobre la verdad de sus ideas. Había llegado la hora de dar forma a sus arranques de insumiso y a su vehemente deseo de liberarse . . .

(p. 155)

Llegó esa hora, y él no le supo "dar forma" a lo que consideraba correcto. Prefirió claudicar ante sí, para ganarse el respeto y la aceptación de los de la villa.

Fuera de la villa viven los indios involucrados en la historia. Nuestro primer encuentro con ellos es en el consultorio de Zamora, cuando Antonio Xahil le pide que cure a su mujer. Después de conocer la villa, donde las comodidades de la vida moderna están a mano, visitamos Izmachí. El lector está impaciente por saber algo acerca de los indios, pero Monteforte Toledo alarga la narración del viaje de tal manera que sentimos cual si camináramos interminables kilómetros junto con Antonio y Raúl:

Fueron trepando la montaña, que parecía un interminable mundo oblicuo desfigurado por un traumatismo . . . Zamora luchaba entre la sensatez que le aconsejaba ir despacio y descansar en cada mesa, y el orgullo que emanaba de la

dudosa superioridad de su raza . . . Empezaban a encontrar nubes; parecía que al atravesarlas se perforaba el techo del mundo. Le zumbaban los oídos y sintió que la humedad fría de la sangre le asomaba un poco por la nariz . . . Demolido por la fatiga, temblando con movimientos reflejos, se derrumbó sobre una mancha de musgo inamigable. . . Se puso de pie y echó a andar de nuevo, con los tobillos poco firmes. En unos terregales escarchados resbaló, y el indio lo sostuvo . . . Reanudaron la marcha. El altiplano parecía más permanente. La tierra estaba sin calcinar, como el proyecto de una materia sin jugos germinadores. Entre la erosión crecían las siembras miserablemente . . .

(p. 33-35)

Después llegamos a la casa de Antonio, sumidos en una tristeza y una culpabilidad profundas, descubriendo cómo el blanco despoja de lo suyo al indio, y lo refunde allá lejos en las tierras más áridas e improductivas, donde abunda la pobreza extrema y las enfermedades. La distancia que recorremos entre cuevas y barrancos de montaña deshabitada es como un caminar sin sentido, para encontrar al indio, al verdadero dueño de estos territorios, al final de los caminos. El médico le pregunta a Antonio qué más harán ellos cuando la erosión termine de lavar los pedregales donde tienen sus débiles cultivos, y el indio le contesta lo siguiente:

—Nada, señor . . . Ya no se puede ir más lejos. Aquí se acaban los caminos.

(p. 36)

Tal ha sido la opresión que Antonio ni siquiera duda respecto a su futuro. Para él no existe la posibilidad de obtener terrenos más cerca de la villa, a pesar

de saber que los que se dicen sus dueños los tienen sin cultivar.

Jean-Loup Herbert explica que “la correlación total que existió a principios de la colonización entre el hecho de ser español y el de pertenecer al grupo dominador y explotador, por una parte, y, por la otra, el ser natural (indígena) y sufrir la dominación y la explotación, sigue siendo hoy en día esencialmente la misma . . .”⁴ La familia Arriaga y el doctor Zamora, junto con otros personajes de la villa que se destacan por alguna característica específica, representan al elemento explotador. La aldea de Izmachi es símbolo del objeto explotado. Ya los primeros conquistadores desaparecieron, mas no así las bases ideológicas que han hecho perdurar un sistema que hunde cada vez más en la pobreza a media población guatemalteca.

II. El sometimiento del aborígen

La conquista militar no fue tan rápida como se nos ha hecho creer en las lecciones de historia. Es cierto que en menos de dos años los españoles habían arrasado y quemado casi todas las ciudades y fortalezas, ahorcado, asesinado y eliminado a los principales jefes militares indígenas, y destruido gran parte de los documentos que guardaban celosamente sus tradiciones. Pero también es cierto siguieron varios decenios de insumisión permanente, que periódicamente se traducían en rebeliones violentas —la sublevación de los cakchiqueles que se enmontañaron y varias veces atacaron la capital española, la derrota española en la zona norte quiché en 1529, el levantamiento de los chortís en el oriente del país en 1530, y los continuos hostigamientos de los lacandones. Dice Jean-Loup Herbert que los choles del norte del país no fueron derrotados sino hasta 1595⁵. Finalmente, al desaparecer la organización militar, cayó la estructura social

y política visible. A esto se le conoce como el sometimiento definitivo de la raza indígena.

Mas el indio guatemalteco, al igual que millones de aborígenes latinoamericanos, no ha pasado a la historia; es parte del hoy, y será el dueño del mañana. El indio no ha callado. Lo que sucede es que los blancos no tenemos la capacidad, o no queremos, entenderlo. Preferimos ignorar su modo de expresar la guerra fría que lo ha mantenido con vida por más de cuatro siglos y medio de aniquilamiento sistemático. La siguiente poesía de Luis Alfredo Arango resume lo dicho anteriormente:

*El silencio del indio es lo que duele
no su noche tan negra
no el peso que lo aplasta* ⁶.

Su silencio culpa al blanco por la usurpación de sus tierras y de su fuerza de trabajo. Camino a Izmachí, Zamora se desespera.

—*Se cansa uno de estas cuestas tan empinadas.*
—*Sí, señor*
—*Como vas descalzo te es fácil. Pero los zapatos resbalan.*
—*Sí, señor.*
—*No sabes decir más que "sí, señor"?*
—*La gente no habla cuando va por los caminos.*
—*Y por qué diablos no habla? Acaso anda con la boca?*
—*Sólo piensa con la cabeza*

(p. 35)

—*Qué dices?*
—*Nada, señor.*
Efectivamente, el indio no había despegado los labios. Pero a Zamora le sobrecogía el silencio,

tan próximo a la oquedad del cielo, tan lejos de los hombres, tan parte de uno mismo . . .

(p. 37)

Y cuando Zamora le habla a María Xahil por primera vez ella no le responde:

. . . las mujeres no hablan a los blancos, quizá para ni siquiera empezar a entregárseles a través de un lenguaje en que se miente y engaña, y se dicen cosas insinuantes y bellas.

(p. 69-70)

El silencio de la raza indígena habla de su pasado, de su presente doloroso, y de su futuro lleno de esperanzas. La destrucción de la sociedad precolonial fue aparente. En realidad, el indio ha resistido valientemente, y se rebela activamente contra el trauma de la colonización conservando, como los primeros cristianos en tiempos de las catacumbas, sus costumbres, sus tradiciones y sus dioses. Esta actitud es una resistencia silenciosa pero compacta, sorda pero victoriosa ⁷.

En la villa, el indio lleva a cabo todos los trabajos penosos y molestos, y es "el descanso de las demás clases sin exclusión" ⁸. El vende sus productos en el mercado a precios ridículos, paga impuestos al recaudador oficial, y no recibe ningún beneficio por esos impuestos. El indio se ve en la villa ocupando el lugar más bajo y más explotado. Aunque su propio pueblo es parte de esa penosa situación, en Izmachí el narrador enfatiza otros aspectos. El narrador nos dice que sus caseríos son ejemplo de miseria y abandono, pero enfatiza su cohesión social, su función como auténticas zonas de refugio y su papel como lugares sagrados donde no llega el blanco a destruirles la herencia de sus antepasados. Izmachí está tan aleja-

do de la villa que el general se da el lujo de mentir tranquilamente, con la certeza de que nadie va a buscar la verdad. Cuando Zamora le comunica alarmado que hay una peste de tifus entre los indios, él contesta así:

Ya ve? O cree usted que el gobierno no cuenta con médicos que saben? Oiga, doctor: le aconsejo que no se meta en líos. Con toda seguridad usted se equivocó. Me entiende? Hace unos meses, para la feria del pueblo, vino un tío muy entusiasta a escribir cosas sobre estos lugares; por fortuna se le ocurrió mostrarme los originales de la revista que iba a publicar; por ahí decía que esta ciudad tiene treinta mil habitantes; como si no supiera todo el mundo que el censo aprobado por el señor presidente dice que son cuarenta y seis mil. Bueno, pues él también se puso necio y me contaron que algo le iba a pasar; hasta que admitió su error . . . Gracias a las medidas sanitarias del gobierno, éste es uno de los países más sanos que existen, y el más limpio. Y no vamos ahora a venir con la novedad de que hay tifus . . . Eso es ridículo . . . En esta zona no hay tifus, Zamora. Puede usted retirarse.

(p. 45-46)

Tanto en Izmachí como en Xamul se observan modos de vida propios. Cuando Antonio y Zamora llegan al pueblo, los niños "se apartaron del extranje-

ro mientras saludaban al padre con las palabras sacramentales" (p. 38). María se oponía a que le cortaran el pelo, porque esto era sinónimo de perdición.

Cuando la mujer ensucia su hogar y no cumple con las leyes de su raza, se la rapa y se la pasea

en ignominia por el pueblo, y en sus manos no vuelve a crecer la masa del maíz, ni en su vientre se afina la caliente semilla de la vida.

(p. 55)

El brujo Ixpel, quien gozaba de gran prestigio, se enfrenta a Zamora diciendo que de nada valdria que quemaran todos sus haberes, pues las causas de la enfermedad eran sobrenaturales:

El enojo del señor de los cerros pasará, cuando la luna asome. Todo esto es brujería de los del pueblo de Xamul, que están bravos desde que les ganamos el pleito por las laderas de la cumbre. De esto que pasa nadie debe decir nada en el pueblo, nadie. Porque si no se van a morir todos; les darán calambres en la barriga y los alacranes del basurero les comerán los testículos y les picarán debajo de la lengua.

(p. 57)

Estos ejemplos ilustran las creencias y tradiciones que los indios han conservado a través de los siglos.

La novela presenta varios momentos de tensión, momentos en los que las dos razas se disputan la supremacía. El más importante es el bautizo del niño mestizo, hijo de María y Raúl. Ixpén y los suyos se oponen al cura abiertamente. La raza indígena en ningún instante se ve débil o destruída; se levanta como una fuerza brutal y avasalladora, y llena de dignidad exige lo que es suyo:

Las tribus se arremolinaron en el atrio donde humeaba todavía el incienso. Al centro, Ixpén, el brujo más grande de toda la serranía, no cesaba de hablar, con voz rápida y enchida de cólera.

.....
Por fin entraron a la iglesia, con el sombrero en la mano; algunos se persignaron, doblando rápidamente la rodilla. Pero casi todos estaban enardecidos y habían dado la espalda al dios atlántico; ya sólo contaba la sangre, como cuando las pirámides eran omnipotentes.

.....
Sin volverse, con la sal en la mano suspendida sobre el niño que lloraba, el cura preguntó en voz ronca:

–Qué quieren?

Después de un silencio espeso Ixpen respondió:

–Nada.

.....
–Venimos a llevarnos al niño –dijo bruscamente Ixpén.

.....
–Este niño es de nosotros –declaró incisivo.

–Todos somos hijos de Dios –dijo el sacerdote.

–Aparte somos nosotros y aparte las gentes de razón.

El cura se volvió y avanzó hacia los intrusos. Su voz, su continente, había cambiado.

–Están interrumpiendo un rito sagrado. Váyansen. Lárguense de la casa del Señor!

–También de nosotros es este templo; y abajo hay otro, que también es de nosotros. Nosotros los hemos levantado piedra sobre piedra.

.....
–No nos amenes porque ya no queda nada malo que no nos haya sucedido. Tú eres el cura y nos has dicho que sólo están aquí para buscar nuestro bien. Danos al niño y la muchacha.

(p. 292-293) ⁹

María decidió actuar en contra de su pueblo, y bautizó al niño. Aparentemente el cura había ganado la lucha. Pero Monteforte Toledo nos presenta a un

hombre deshecho, que sólo piensa que "estas tierras están malditas" y que ha perdido millares de días "en la inútil tarea de la evangelización".

(p. 198)

Se arrodilló y pegó la cabeza al respaldo del frente. Parecía un naufrago que hubiese llegado a alguna playa sin agua y sin sustento. Ya sólo era un anciano, inerme.

(p. 298)

En cambio, Ixpén sale de la iglesia y su voz resuena por toda ella diciendo:

—Dos caminos salen del pueblo. Por uno se viene para no irse nunca más; por otro se va para no volver nunca más.

(p. 297)

Siempre está bueno —dijo lentamente—. La sombra de las montañas es demasiado grande para que alguien anochezca fuera de ellas.

(p. 298)

Esta sentencia echó a María del pueblo indígena. Sabemos que de la iglesia saldrá para su destierro. Y aún así las leyes de los indios son más fuertes que cualquier ley de los blancos. El narrador comenta que:

. . . Nadie puede proteger al indio contra las leyes de su propia estirpe. Porque tienen luz, como rayos, y son más fuertes que la oscuridad y más fuertes que el sol.

(p. 291)

Donde María vaya, ahí le acompañará su culpa y su castigo.

El indio guatemalteco, visto con ojos de la villa, ya jugó su papel. Ahora le corresponde someterse a una nueva realidad en el mundo conquistado por el europeo. Visto con ojos desprejuiciados, el indio está trabajando en silencio por su propia liberación. Alejandro Lipschütz afirma que . . .

. . . [los indios] ya están entrando en una fase de renacimiento cultural cuando nosotros, en nuestra profunda ignorancia, siempre continuamos creyendo que hayan sido extinguidos . . . Están despertándose en nuestra América los veinte o treinta millones de indios, y con ellos los millones, muchos millones más, de mestizos y criollos, pero los otros, que son relativamente pocos, no pueden o no quieren, darse cuenta de este gran despertar ¹⁰.

BIBLIOGRAFIA

- ADAMS, Richard y otros. **Cultura Indígena de Guatemala**. Guatemala: Talleres de la Tipografía Nacional de Guatemala, 1959.
- BATRA, Roger Muria. "El Problema Indígena y la Ideología Indigenista", **Revista Mexicana de Sociología**, Vol. 36, No. 3.
- BOZAN, Luis. "El Problema Indígena y el Cruzamiento de Razas". **Revista Mexicana de Sociología**, Vol. 4, No. 4.
- COMARMOND, Patrice y Claude Duchet, eds. **Racismo y Sociedad**. Uruguay: Ediciones La Flore, 1972.

- CONTRERAS, J. D. **Una Rebelión Indígena en el Partido de Totonicapán en 1820**. Guatemala: Imprenta Universitaria, 1951.
- CORREA, Gustavo. "La Novela Indianista de Mario Monteforte Toledo y el Problema de una Cultura Integral en Guatemala", en **La Cultura y la Literatura Iberoamericana**. México: Ediciones Andrea, 1951.
- DEGREGORI, Carlos y otros. **Indigenismo, Clases Sociales y Problemas Nacionales**. Perú: Ediciones Celats.
- DIAZ, Erwin. **Guatemala: Situación Demográfica de la Población Indígena y No Indígena**. San José, Costa Rica: Celade, 1977.
- EQUIPO CIDCA. "El Estado, la Lucha de Clases y la Violencia en Guatemala", **Revista de Estudios Sociales Centroamericanos**, San José, Costa Rica: mayo-agosto 1977.
- FALLA, Ricardo, S. J. "Evolución Político-Religiosa del Indígena Rural en Guatemala", **Revista de Estudios Sociales Centroamericanos**, Vol. 1, enero-abril de 1972.
- FARFAN González, Oscar M. **Estudio de la Relación de la Legislación Agraria y el Régimen de Tenencia de Tierra en Guatemala**. Tesis de Grado, Guatemala, 1974.
- FIGUEROA, Alfredo. **La Ladinization des Indiens au Guatemala**. Tesis de Grado, París, 1973.
- FLORES Alvarado, Humberto. **Proletarización del Campesino de Guatemala**. Guatemala: Editorial Rumbos Nuevos, 1971.

GOUBAUD, Antonio. **Indigenismo en Guatemala.** Guatemala: Ministerio de Educación Pública, 1964.

GUZMAN-Böckler, Carlos y Jean-Loup Herbert. **Guatemala: Una interpretación Histórico-Social.** México: Siglo XXI, 1975.

LEBOT, Ivon. "Tenencia y Renta de la Tierra en el Altiplano Occidental Guatemalteco", **Revista de Estudios Sociales Centroamericanos**, Vol. 5, mayo-agosto 1973.

LIPSCHÜTZ, Alejandro. **El Problema Racial en la Conquista de América.** México: Siglo XXI, 1975.

MARTINEZ Peláez, Severo. **La Patria del Criollo.** Centroamérica: EDUCA, 1979.

"Los Motines de los Indios en el Período Colonial en Guatemala", **Revista de Estudios Sociales Centroamericanos**, Vol. 5, mayo-agosto 1973.

MENDIZABAL, Ana B. "Estado y Políticas de Desarrollo Agrario: La Masacre de Panzós", Heredia: Cedal, 1978.

MONTEFORTE Toledo, Mario. **Donde Acaban los Caminos.** Guatemala: Talleres de la Tipografía Nacional, 1953.

"El Mestizaje en Guatemala", **Cuadernos Iberoamericanos**, Vol. C., No. 2, enero-febrero 1959.

Guatemala: Monografía Sociológica. México: Instituto de Investigaciones Sociales, 1959.

"El Proceso de Aculturación en Guatemala", **Revista Mexicana de Sociología**, Vol. 20, No. 1.

- MORNER, Magnus. **La Mezcla de Razas en la Historia de América Latina**. Buenos Aires: Paidós, 1969.
- ORELLANA, René y otros. "Migraciones Internas y Estructura Agraria: El caso de Guatemala", **Revista de Estudios Sociales Centroamericanos**, Vol. 5, mayo-agosto 1973.
- STOLL, Otto. **Etnografía de Guatemala**. Guatemala: Talleres de la Tipografía Nacional, 1958.
- TORRES-Rivas, Edelberto. "La Proletarización del Campesino Guatemalteco", mayo-agosto 1972.
- URBANSKI, Edmund Stephan. "Los Mestizos, su Vida y su Cultura en Hispanoamérica". **Humboldt**, No. 52, 1973.

NOTAS

- * Parte de un trabajo mayor de investigación, realizado por la Lic. Trejos en el IDFLA.
1. Alejandro Lipschütz, **El Problema Racial en la Conquista de América** (México: Editorial Siglo XXI, 1975), p. 243.
 2. El subrayado es mío.
 3. Lipschütz, **El Problema Racial en la Conquista de América**, P. 231.
 4. Jean-Loup Herbert, "Ensayo de Explicación Teórica Sobre la Realidad Social Guatemalteca", p. 51, en **Guatemala: Una Interpretación Histórico-Social** (México: Editorial Siglo XXI, 1975).
 5. Jean-Loup Herbert, "Expresiones Ideológicas de la Lucha de Clases", p. 157, en **Guatemala . . .**

6. Carlos Guzmán-Böckler, "Los Colonialismos Interno y Externo en la Guatemala de Hoy", p. 164.
7. Jean-Loup Herbert, "Expresiones Ideológicas . . .", p. 159, en *Guatemala . . .*
8. J. D. Contreras, *Una Revelión Indígena en el Partido de Totonicapán en 1820*, p. 18. Esta afirmación la hace Contreras respecto a los indígenas de Totonicapán, pero se aplica a toda su raza, pues la situación de opresión está generalizada.
9. El subrayado es mío.
10. Alejandro Lipschütz, *El Problema Racial en la Conquista de América*, p. 233.



Bailes folklóricos pre-alvaradianos

Franco Cerutti

Por las noticias de los cronistas de la conquista, sabemos que, en varias circunstancias, en el transcurso de las fiestas que se organizaban en las distancias ciudades o aldeas de la Guatemala pre-alvaradiana, se celebraban algunos "espectáculos" entremezclados con danzas, música, coreografía y, a veces, con el acompañamiento de textos recitados o cantados. Estos pueden ser legítimamente considerados como los antepasados del teatro centroamericano moderno.

Al examinar estos datos, el cronista se plantea, una vez más, el interrogante de siempre acerca de la esencia misma del teatro, es decir, el de la preponde-